



rónica de una contradicción: Luis Tejada y el dilema del intelectual militante en los albores del siglo XX colombiano

Jonny Alejandro Alzate¹

¹ Historiador de la Universidad de Antioquia. Correo: jonny.alzate@udea.edu.co

El presente ensayo propone indagar el papel del intelectual Luis Tejada en la sociedad colombiana de principios del siglo XX. Para tal fin, se retoman algunas nociones sobre la figura del intelectual y su papel en la sociedad, a partir de la sociología de Leo Löwenthal y del ensayo de Rafael Gutiérrez Girardot titulado *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. En torno a dichos conceptos, se analiza una selección de crónicas de Luis Tejada que dan cuenta de la militancia del autor y de su afinidad hacia la lucha de los obreros en el contexto de la industrialización de las ciudades colombianas a comienzos del siglo XX; además, revelan las contradicciones personales que padeció como testigo y partícipe de grandes cambios que sucedieron en esos años.

Palabras clave: Luis Tejada, modernidad, sociología de la literatura, Löwenthal, Gutiérrez Girardot, intelectuales.

*Ministril, trovero, juglar
de alma singular...
Vago de todos los caminos:
en tu alma funambulesca
no cabe lo regular, ni los
mohínos
vivires en urbe grotesca.*
León de Greiff

*Hay, en todas partes, un
renacimiento ciego y súbito
de los imperialismos, los
nacionalismos y los patriotismos
que llevaron al mundo a la
guerra.*
Luis Tejada

Introducción

Luis Tejada fue un excelente observador, hizo de la observación un medio para indagar y así comunicar sus impresiones y sus resistencias frente al álgido movimiento de

**Con Luis Tejada, la
crónica cobró una
relevancia significativa
que antes no tenía en
el periodismo del país.
Además, no solo identificó
algunos procesos de
modernización, sino que
hizo parte de ellos.**

reestructuración social que sucedía en el país a principios del siglo XX. Fue un escritor y pensador barboseño —oriundo de Barbosa, Antioquia— con una amplia producción de textos centrada en la crónica. Sobre esta forma de escritura, Alba (2022) señala que «son justamente la versatilidad y la riqueza de este género literario de no ficción los que hacen de [ella] un objeto de estudio digno de una observación que privilegie, también, las particularidades de su propuesta formal y narrativa» (p. 121). Ya desde 1922, algunos lo reconocían como el «máximo cronista nacional» (López, 1922, p. 58).

Con Luis Tejada, la crónica cobró una relevancia significativa que antes no tenía en el periodismo del país. Además, no solo identificó algunos procesos de modernización, sino que hizo parte de ellos. Como buen observador y autodidacta, percibió los grandes y pequeños cambios que sucedían en la sociedad colombiana de principios del siglo XX: el desarrollo de la vida urbana, el advenimiento de las sociedades masificadas, los desarrollos tecnológicos, entre otros. Antes de su muerte, figuraba como un importante militante del socialismo en Colombia, y contaba con más de 600 crónicas escritas en distintos periódicos de la época. En Tejada se percibe esa «cualidad por excelencia del escritor [que] es adaptar las fuentes (empíricas) a sus necesidades subjetivas, a través del relato literario» (Löwenthal, 1998, p. 71), pues, «no solo en los universos de ficción [...] el quehacer literario halla su fundamento o valor esencial; los géneros literarios de no ficción, dentro de los cuales se instala la crónica, se aproximan tanto o, incluso, más fielmente a la entraña de todo cuanto abordan». (Alba, 2022, p. 123). En este sentido, la escritura de Tejada no solo documenta hechos, sino que los resignifica desde una mirada aguda, ética y profundamente subjetiva, convirtiendo la crónica en un espacio de mediación entre lo vivido y lo pensado, entre lo cotidiano y lo político.

Las primeras décadas del siglo XX en Colombia fueron testigo de distintos cambios que modificaron las estructuras del Estado y, en general, modernizaron las relaciones sociales y económicas. A ello se sumaron fenómenos como la expansión de las ciudades, la caída de la hegemonía conservadora en la década de 1920 la aparición de los primeros sindicatos y la proliferación de prensa de diversas corrientes ideológicas — liberal, conservadora, anarquista y socialista— Además, en este período se constituyó el primer grupo comunista, y lo más significativo fue que surgió.

una nueva mentalidad, una nueva perspectiva intelectual, una nueva racionalidad, y las gentes comenzaron a descubrir que todas las verdades y todos los postulados tenidos por lógicos y sensatos desde la llegada del conquistador don Gonzalo Jiménez de Quesada eran locuras, absurdos ridículos y delirantes, necedades y supersticiones que era preciso olvidar para siempre [...] Y esta revolución mental se produjo en gran medida gracias al trabajo de los jóvenes intelectuales de esa década, entre los cuales brilla por su inteligencia, por su audacia, por su generosidad y su imaginación, nuestro querido Luis Tejada. (Vidales, 2015)

Tejada era sumamente ágil para la escritura y abordó una amplia variedad de temas con notable destreza estilística. Tenía la capacidad de hacer que los objetos sobre los cuales escribía tomaran forma en la imaginación del lector.

Es en este contexto en el que Tejada escribe sus más de 650 crónicas y se constituye en un verdadero intelectual (Montoya, 2015). La importancia que aquí se le otorga al papel del intelectual parte de algunas ideas del historiador Rafael Gutiérrez Girardot, que destacan la intrínseca relación entre sociedad y literatura (1989, p. 25). Teniendo en cuenta los conceptos de estructura y superestructura, este autor sostiene que la producción literaria de una época —como parte de la superestructura— está determinada por las relaciones de producción, es decir, por la estructura. En este sentido, puede afirmarse que la literatura, en este caso la de Luis Tejada, es el resultado de condiciones materiales e históricas concretas, las cuales se reflejan tanto en el contenido de sus textos como en los procesos de su producción literaria (Gutiérrez, 1989, pp. 26-28).

Para Gilberto Loaiza, los intelectuales son aquellos que, en cada época y sociedad, actúan como productores y consumidores sistemáticos de «símbolos, creencias, concepciones del mundo, ideas, valores, imaginarios» (2012, p. 347). Esta definición no se limita al ámbito de la creación literaria, sino que implica una participación activa en la configuración del sentido colectivo, en diálogo constante con las estructuras de poder. Por ello, Loaiza subraya que el estudio de los intelectuales está necesariamente vinculado «con una historia política, con una historia del poder, tanto en el universo de la cultura como en el universo más general de la vida pública» (2012, p. 348). En este marco,



Luis Tejada encarna de manera ejemplar esa figura intelectual que no solo interviene en el debate público, sino que lo transforma desde la escritura cotidiana.

Tejada era sumamente ágil para la escritura y abordó una amplia variedad de temas con notable destreza estilística. Tenía la capacidad de hacer que los objetos sobre los cuales escribía tomaran forma en la imaginación del lector; lograba ver la esencia, pero también el cascarón, sin descuidar nunca el ejercicio crítico ni sus reflexiones sobre política. Se ocupó tanto de lo complejo como de lo simple:

prefería los motivos pequeños: el sombrero, la corbata, la butaca o las ceremonias domésticas, que le inspiraron sencillos y sesudos razonamientos prácticos. Pero también se ocupó de temas complejos de la vida política, fiel a su temprano credo revolucionario. Atacó los privilegios de clase y el inmovilismo de las instituciones patrias; en esa línea sus crónicas rompían lanzas y denunciaban las corrupciones e injusticias sociales. Hacía referencia a la explotación de los obreros, a la inoperancia del Congreso de la República, a la política imperialista de los Estados Unidos, a las oligarquías aliadas con el poder. (Vallejo, 1997, p. 52)

La escritura de Tejada se encargó de casi todo, también fueron objeto de sus fulminantes denuncias algunos «intelectuales y dogmáticos del país» y, desde luego, la Iglesia y su injerencia en los asuntos políticos, sociales y económicos (Murillo, 2015, p. 219). Alguien de su época llegó a afirmar que el cronista barboño lograba hacer «temas de pequeños motivos» y que, sobre todo, «jamás le faltan ideas» (López, 1922, p. 528).

El intelectual en la sociedad

Luis Tejada puede ser considerado un intelectual, en el sentido en que el escritor encarna, de manera ejemplar, el prototipo del intelectual. A partir de esta figura, se construyen un conjunto de fuentes que abordan temas puntuales del tiempo y la sociedad en que fueron elaboradas (Löwenthal, 1998, p. 71). Los intelectuales están vinculados a un contexto sociocultural y determinados por un cúmulo de «posibilidades de acción y de discurso». En palabras de Loaiza, «cada intelectual está inscrito en un microcosmos de relaciones, en un lugar del campo de producción intelectual» (2012, p. 351). Aparentemente, una historia de los intelectuales podría parecer una historia de las élites con acceso al conocimiento en distintas sociedades y tiempos. Sin embargo, para Gilberto Loaiza, el análisis no debe limitarse solo a estas esferas. También fuera de las élites se perciben formas de consumo y producción de productos culturales. Como el mismo Loaiza lo señala, «los sectores populares también pueden ocupar un lugar en una historia intelectual porque pueden poseer su propia élite, sus propios individuos escogidos para cumplir con alguna sistematicidad funciones de intelectuales» (2012, p. 348).

Por su parte, Löwenthal afirma que los sentimientos, emociones, experiencias y expectativas —tanto individuales como colectivas— funcionan como indicadores de contextos sociales «que se corresponden con las apuestas literarias de un tiempo determinado». Sin embargo, en el capitalismo esta función ha sido desplazada por los productos culturales que demanda la sociedad de masas (1998, p. 70). En el mundo contemporáneo, bajo el capitalismo burgués, esa función se ha difuminado y asumido nuevas formas que están ligadas al mercado. Por esa razón, es indispensable analizar los posibles estímulos que ejerce el marketing sobre el escritor, particularmente en un contexto donde el mundo burgués ha configurado un amplio mercado de productos literarios que no solo condicio-

Las crónicas de Tejada permiten percibir una dualidad entre el asombro y la aprobación de «lo moderno» y una nostalgia por elementos de la tradición que se iban quedando atrás.

na los estilos de escritura de los autores, sino que también determina las formas de acceso a la literatura por parte de públicos masivos (Löwenthal, 1998, p. 71).

En este contexto, resulta pertinente considerar cómo algunos escritores colombianos de principios del siglo XX encarnaron, desde la escritura, las tensiones entre conciencia histórica y las dinámicas editoriales emergentes. Para Rafael Gutiérrez Girardot, los más relevantes fueron Luis Tejada, León de Greiff y Luis Vidales, pues lograron materializar las sospechas que tuvieron sobre su época a través de la palabra escrita (Gutiérrez, 1989, citado por Torres y Malaver, 2017). Para Gilberto Loaiza, Luis Tejada «fue el único capaz de sacudir la crónica de la pesadez de la prosa del siglo XIX [...] Nadie más escribió ni ha escrito como él en el breve espacio de los periódicos de comienzos del siglo XX. Su obra de ‘pequeño filósofo de lo cotidiano’, como él se autodenominó, fue el resultado de pensar la vida, sobre todo la vida urbana». (Loaiza, s. f.)

Los conflictos del escritor moderno

La generación de escritores a la que perteneció Luis Tejada se formó en medio de un proceso de transformación urbana y cultural, marcado por el tránsito hacia una modernidad incipiente en las ciudades colombianas. Las crónicas de Tejada permiten percibir una dualidad entre el asombro y la aprobación de

«lo moderno» y una nostalgia por elementos de la tradición que se iban quedando atrás. En esos años, el progreso y la novedad, junto a los adelantos tecnológicos, estimulaban el imaginario de aquellos intelectuales; en medio de esa «sensación» de progreso, escritores como Luis Tejada expresaron también su duelo por dichos cambios (Torres y Malaver, 2017). Existe una aparente contradicción en el escritor (Torres y Malaver, 2017): un día se mostraba asombrado; al otro, desconcertado o aturdido por alguna novedad de la vida moderna.

En una de las crónicas incluidas en la *Nueva antología de Luis Tejada*, editada por Gilberto Loaiza, Tejada celebra el progreso del país al destacar que «las industrias nacionales florecen más bellamente que nunca» y que «el comercio exterior prospera y aumenta» (2008, p. 56). En otro texto, también recogido en la antología, Tejada aprueba —con tono irónico y mordaz— el uso del descote como una práctica liberal propia de sociedades modernas, y señala que en Colombia las mujeres «prefieren llevar al espectáculo sus austeros vestidos de calle, modestamente cerrados en torno del cuello», lo que provoca que «matronas cavilosas y viejos mojigatos se hagan cruces» ante la visión de «unos hombros desnudos o un blanco seno semidescubierto» (Tejada, 2008, p. 219). Ambas crónicas revelan su aparente simpatía por los signos de modernización, tanto en el plano económico como en el cultural.

El escritor barboseño se presentaba como un hombre despojado de prejuicios, con una

visión moderna del mundo, sin embargo, en ciertos temas no manifestaba la misma apertura; por el contrario, adoptaba una postura marcadamente crítica e incluso desilusionada de lo moderno. Uno de los procesos que acompañaron el crecimiento urbano a inicios del siglo XX, fue el del desarrollo de una nueva arquitectura, que trajo consigo la aparición de los primeros rascacielos; por ejemplo, Tejada se refirió a la demolición de algunas partes de las conocidas murallas de Cartagena como una afrenta contra la historia y la cultura, pues estas «se hunde[n] ante la impiedad férrea de la pica, y con esa tierra que debía ser inviolable se construyen horribles palacios modernos y arañacielos simétricos» (Tejada, 2008, p. 50).

El dinero, como emblema máximo del capitalismo, también fue desestimado por Luis Tejada, en una contradicción reveladora entre la aprobación y la desaprobación, entre la nostalgia y el asombro. El escritor sostiene que «el único sabio ideal de vida está situado dentro de cierta discreta pobreza [...] yo mismo procuro, con todas mis fuerzas, no colocarme nunca en peligro de adquirir demasiado dinero porque pienso, sinceramente, que la posesión de riquezas superfluas trae consigo esclavitud intelectual y perenne inquietud de espíritu» (Tejada, 2008, p. 275). Esta postura crítica frente al capitalismo resulta paradójica si se considera que, en otros textos, Tejada elogió el desarrollo industrial como un atractivo para la inversión extranjera (2008, p. 56). No obstante, reafirmó su rechazo a la acumulación de riqueza al sostener que «la sabiduría está en poseer lo

Tejada era sumamente ágil para la escritura y abordó una amplia variedad de temas con notable destreza estilística. Tenía la capacidad de hacer que los objetos sobre los cuales escribía tomaran forma en la imaginación del lector.

que estrictamente haga falta para pasar con holgura y sencillez cada día, pero nada más allá» (2008, p. 275).

¡Viva el proletariado! ¡Viva Lenin!

*¡Oh, Parcas silenciosas, ya
que lleváis en vuestros ágiles
dedos los hilos de la vida de los
hombres detened un instante
la tijera tremenda ante ese más
puro, más fuerte y más bello
que todos: porque ese es Lenin,
Nuestro señor!*

Luis Tejada, 1961

En los últimos años de su vida, Luis Tejada adoptó una militancia activa en el partido socialista, etapa que se vio reflejada en una producción escrita notablemente comprometida con esta causa. Carlos Vidales —hijo de Luis Vidales— lo llamó «apóstol y líder incomparable del proletariado» (Vidales, 2015). En sus crónicas, el proletariado y la burguesía adquirieron un protagonismo constante; en una de ellas afirmó que, para quienes lo anhelaban, «en un día más o menos próximo, la implantación de un socialismo integral en el país, porque creemos que la única fórmula de salvación y de regeneración en todos los órdenes de la vida nacional, está en el cam-

bio radical del contenido del Estado» (Tejada, 2008, p. 360). Esta afirmación revela no solo su compromiso político, sino también su visión transformadora del papel del Estado y de las clases populares en la construcción de un nuevo orden. Para Tejada, los obreros eran «sangre nueva» en el escenario político,

la única esperanza sería de regeneración que le queda ya a este país, está vinculada íntegramente a la posible aparición de fuerzas nuevas, que traigan una visión más pura y más actual de la vida pública y que vengan cargadas de ideales jóvenes, esencialmente económicos, encauzados dentro de lo único que debe interesar hoy vivamente a la política y a los políticos: la organización del trabajo, la explotación de la tierra, la intensificación de la producción, la distribución de la riqueza (2008, p. 388).

La relación entre la clase obrera y los intelectuales también fue motivo de preocupación para Luis Tejada, quien reconocía que «no en una forma unánime, pero sí con voces insistentes, se ha expresado en el seno del Congreso Obrero un sentimiento de desconfianza hacia los intelectuales» (2008, p. 439). Para el escritor barboseño, esta desconfianza era comprensible, ya que el «obrero puro, el hombre de trabajo manual», históricamente ha sentido aversión por el trabajo intelectual que no implica esfuerzo físico. Según Tejada, «para el obrero manual, el ejercicio de la inteligencia es una profesión que disculpa la pereza o que oculta o puede ocultar fines calculados e interesados de predominio, de ambición personal, de acaparación de poderes. El obrero manual no logra comprender cómo un hombre honrado se resuelve a ganarse la vida nada más que escribiendo» (2008, p. 439). Esta reflexión revela la aguda conciencia de Tejada sobre las distancias simbólicas que separaban a los productores de pensamiento de los productores de fuerza laboral. Lejos de adoptar una postura defensiva, el autor reconoce el origen histórico y político de esa desconfianza, y se posiciona como mediador entre ambos mundos. Su es-

critura, entonces, no solo busca representar al obrero, sino también dignificar su mirada, validando sus sospechas y abriendo un espacio de diálogo entre la práctica intelectual y la experiencia material. En este gesto, Tejada asume una ética del oficio que lo distancia del elitismo ilustrado y lo acerca a una forma de militancia literaria comprometida con la transformación social.

Entre 1922 y 1924, Luis Tejada participó activamente en la conformación de las primeras células comunistas que, aunque precarias y marcadas por la improvisación, sentaron las bases para la fundación del Partido Comunista de Colombia. Este proceso, aún incipiente y cargado de incertidumbre, estuvo atravesado por una mezcla de entusiasmo político, intuición ideológica y desconocimiento organizativo. En ese contexto, destaca «la exótica presencia de un inmigrante ruso [que] participó de la transcripción de un texto vulgarizador de Bujarin que fue presentado como el primer programa comunista en

**Aunque su papel político
pudo parecer accidental,
su legado literario y
periodístico revela una
sensibilidad social
profunda que lo inscribe,
con singular fuerza, en las
luchas de su tiempo.**

Colombia» (Loaiza, s. f.), lo que evidencia el carácter híbrido y experimental de estos primeros planteamientos ideológicos. Luis Vidales, testigo directo de estos acontecimientos, rememora con honestidad la precariedad del momento fundacional:

Llevábamos la lista de los nuestros, que se redactó de mi puño y letra, a la cual habíamos agregado algunos nombres que juzgábamos adictos a nuestra causa, [...] nadie sabía cómo se fundó el partido comunista de entonces, es decir de dónde partió la idea [...] aquella noche no estábamos sino presentes Sawinsky, Tejada y yo. De allí convocamos a una reunión, en la cual quedó constituido el nuevo partido [...] Pronto nuestro partido se encontró con muy serios problemas que nosotros no sabíamos cómo resolver [...] Ni Sawinsky ni nosotros sabíamos nada en cuanto a los procedimientos. Ignorábamos por completo cómo se hacía un partido comunista. (Vidales, 1945)

El desconocimiento que señala Vidales evidencia el carácter circunstancial con el que se gestó la fundación del Partido Comunista, más cercana a la improvisación que a una estrategia articulada por intelectuales o militantes vanguardistas. La influencia de Sawinsky fue determinante; la participación de Vidales y Tejada, fortuita. Sin embargo, en el caso del último, su escritura adquirió un tono combativo hacia el final de su vida, convirtiéndose en un instrumento de denuncia frente a las injusticias sociales y en una voz comprometida con la causa obrera. Aunque su papel político pudo parecer accidental, su legado literario y periodístico revela una sensibilidad social profunda que lo inscribe, con singular fuerza, en las luchas de su tiem-

po. La crónica, género que cultivó con maestría, se convirtió en un espacio de mediación entre lo cotidiano y lo político, donde observación, crítica y reflexión se entrelazaron con agudeza ética. En sus textos, la contradicción entre modernidad y tradición no fue debilidad, sino método: una forma de pensar desde la complejidad histórica y de asumir la escritura como militancia.

Referencias

- Alba, F. (2022). *Entre lo periodístico y lo literario: las crónicas de Luis Tejada Cano y Alberto Salcedo Ramos como relato de las identidades culturales en Colombia* [tesis de maestría, Universidad Distrital Francisco José de Caldas]. Repositorio institucional. <http://hdl.handle.net/11349/29513>
- Bustamante, V. (1994). *Luis Tejada. Una crónica para el cronista*. Babel.
- Murillo, C. (2015). La prosa ensayística en Luis Tejada Cano. En A. Cardona y J. Cuartas (eds.), *Imágenes, letras y argumentos*. Eafit.
- Gutiérrez, R. (1989). *Temas y problemas de una historia social de la literatura hispanoamericana*. Cave Canem.
- Loaiza, G. (s. f.). *Luis Tejada. Pequeño filósofo de lo cotidiano*. Departamento de Filosofía, Universidad del Valle. Recuperado de: (99+) LUIS TEJADA Pequeño filósofo de lo cotidiano | gilberto loaiza cano - Academia.edu
- (2012). Entre la historia intelectual y la historia cultural, una ambigüedad fecunda. En M. Hering y A. Pérez (eds.), *Historia cultural desde Colombia. Categorías y debates* (pp. 347-364). Universidad Nacional de Colombia.
- López, F. (1922). Letras antioqueñas: Luis Tejada. *La Revista Sábado*, 2(44).
- Löwenthal, L. (1998). Tareas de la sociología de la literatura (1948). *Utopía siglo XXI*, 1(3), 69-82.

- Mejía, A. (1968). Luis Tejada, sociólogo de lo cotidiano. *Revista de la Universidad Nacional*, (2), 60-82
- Montoya, P. (2015, 22 de marzo). Vindicación de Luis Tejada. *Revista Literariedad*. <https://literariedad.co/2015/03/22/vindicacion-de-luis-tejada-pablo-montoya/>
- Tejada, L. (1961). *Libro de crónicas. Luis Tejada*. Iqueima.
- ____ (2008) *Nueva Antología de Luis Tejada* (G. Loaiza Cano, ed.). Universidad de Antioquia.
- Torres, H., y Malaver, R. (2017). El intertexto de lo urbano en Luis Tejada. *Revista Folios*, (18). URL <http://hdl.handle.net/20.500.12209/5687>
- Vallejo, M. (1997). *La crónica en Colombia medio siglo de oro*. Presidencia de la República.
- Vidales, C. (2015). Luis Tejada en su tinta. *Revista Latinoamericana de poesía*. <https://www.laraizinvertida.com/detalle-1740-luis-tejada-en-su-tinta>
- Vidales, L. (1945). Cómo nos hicimos comunistas. *Semanario Sábado*.